

LISÍMACO CHAVARRÍA
AQUILEO ECHEVERRÍA
CARLOS GAGINI



**3 LIBROS PARA CONOCER
LITERATURA
COSTARRICENSE**

EDITADO POR AUGUST NEMO

TACET BOOKS

3 LIBROS PARA CONOCER

Literatura Costarricense

EDITADO POR

August Nemo

Introducción

Bienvenidos a la colección **3 libros para conocer**, nuestra idea es ayudar a los lectores a aprender sobre temas fascinantes a través de tres libros imprescindibles y destacados. Estas obras cuidadosamente seleccionadas pueden ser de ficción, no ficción, documentos históricos o incluso biografías. Siempre seleccionaremos para ti tres grandes obras para instigar tu mente, esta vez el tema es: **Literatura Costarricense**.

- Manojo de guardias de Lisímaco Chavarría.
- Concherías de Aquileo Echeverría.
- La caída del águila de Carlos Gagini.

Este es uno de los muchos libros de la colección 3 libros para conocer. Si te ha gustado este libro, busca los otros títulos de la colección, pues estamos convencidos de que alguno de los temas te gustará.

Los Autores

Lisímaco Chavarría Palma (San Ramón, 10 de mayo de 1873 - 27 de agosto de 1913) fue un escritor y poeta costarricense. De orígenes humildes y escasa formación académica, en su corta vida logró posicionarse como uno de los poetas más importantes de la literatura costarricense, representante del modernismo en Costa Rica pero desarrollador de un estilo propio, que lo llevó a

considerársele un renovador de la poesía lírica nacional. Es Benemérito de las Letras Patrias desde 1994.

Aquileo Echeverría Zeledón (San José, Costa Rica, 22 de mayo de 1866 - Barcelona, España, 11 de marzo de 1909) fue un escritor, periodista y político costarricense. Poeta de exquisita sensibilidad artística, es una de las figuras más importantes de la historia literaria de este país, al punto que se le considera "el poeta nacional de Costa Rica". Su obra más conocida, *Concherías* (1905), refleja la vida, el pensamiento, las costumbres y el lenguaje de los campesinos costarricenses. Los Premios Nacionales de Costa Rica por la creación de obras en las áreas de poesía, cuento, novela, ensayo, teatro, historia, libro no ubicable, artes plásticas y música llevan su nombre. Es Benemérito de las Letras Patrias desde 1949.

Carlos Gagini Chavarría (San José, 15 de marzo de 1865 - 31 de marzo de 1925) fue un escritor costarricense de ascendencia suiza. Se distinguió como educador y dirigió varios establecimientos de enseñanza, entre ellos el más destacado, el Liceo de Costa Rica. Notable filólogo, escribió un celebrado Diccionario de costarriqueños sobre los localismos de Costa Rica y otras obras sobre gramática y vocabulario; también estudió las lenguas indígenas de Costa Rica. Publicó también las novelas *La caída del águila* y *El árbol enfermo*, y una colección de relatos denominada *Cuentos grises*. En lo político se caracterizó por su anti-imperialismo y su recelo ante la hegemonía de los Estados Unidos de América en América Latina.

Manojo de guardias

Lisímaco Chavarría

Dos cartas

San José, Costa Rica, Noviembre 22 de 1912.

Señor don Modesto Martínez.

Caro amigo: Efectivamente, como Ud. lo afirma, hace días hablamos de una nueva obra mía que tengo lista sobre asuntos puramente costarriqueños.

Y aunque Rubén Darío, Argüello, Rodó (José Enrique), y Ugarte me han ofrecido prologar obras mías (perdóneme mi vanidad), lo prefiero, antes que aquellos maestros, a Ud. Las razones huelgan; Ud. es costarricense, conoce nuestras costumbres y nuestras bellezas nativas: las pastoras y las guardias que matizan las vegas del riachuelo, las guacamayas que se disparan como dardos de colores, “del arco de esmeralda de los montes.”

Usted ha visto las cogedoras de café de retorno de la hacienda, al bohío alegre del villorrio; los turnos en que el coplero popular lanza al público de campesinos bombas como ésta:

*“Desís que no me querés
porque no tengo bigote,
mañana me lo veres
de plumas de zopilote.”*

Y esta otra

*"Las viejas sian de querer,
unque nunca tengan dientes;
porque son muy buenas gentes
y dan mucho que comer."*

Coplas que son recibidas por los labriegos devotos de *San Rafael*, patrón del barrio, con estrepitosas risas y gritos que repercuten en las montañas con eco formidable; usted ha presenciado las bodas típicas de nuestros montañeses, que las más de las veces terminan a chafirrazos mortales bajo el atisbo de esos plenilunios que recortan, con su lumbre de ámbar, los perfiles de las selvas olorosas a flor de cedro y a reinas de la noche. Esa poesía usted la comprende como la comprendió Trueba, el cantor de *San Antón*, esa poesía dulce de que es depositario único el pueblo, el gran poeta anónimo.

No hace mucho me escribió Vicente Medina, desde Buenos Aires, y me decía entre otras cosas:

"He visto, en sus versos, *Las cogederas de café*, en los frondosos cafetales de sartas purpurinas. . . he visto el paisaje tropical. . . Persevere Ud. en libros que den la visión de su hermosa tierra", etc.

Por otro lado, Ud. querido *Ramiro Pérez*, está bastante indagado sobre historia precolombina, sabe de su mitología, de sus tatuajes y del poder de las flechas temerarias, espanto de las dantas y los pumas y jaguares, lanzados por nuestros progenitores de piel cobriza y de ojos oblicuos que acusan nuestra descendencia de la raza amarilla. Ud. será quien prologue mi nuevo libro al cual pondrá también título para que no me vaya a resultar de mármol siendo de bronce, o de hojalata siendo de cartón. Ud. será mi lazillo, y acaso mi defensor.

Pronto, muy en breve, le pasaré los originales a ver qué hace usted con ellos.

Mientras tanto, siga contando con la admiración de su devoto amigo,

Lisímaco Chavarría.

San José, Noviembre de 1913.

A Lisímaco Chavarría.

Estimado amigo:

Con mucho agrado he recibido su carta de ayer, porque en ella me da cuenta de que persiste en la idea de formar un tomo de poesías eminentemente *ticas*. Desde luego cuente con el prólogo, que haré con tanto mayor gusto cuanto que me prefiere Ud. a gentes de alto rango literario y de fama mundial. Y si bien no haré una filigrana de arte como la harían Darío, Argüello, Ugarte, Rodó, etcétera, sí le haré algo que huele a lo que huele la tierra cuando la mojan los primeros aguaceros, que sepa a chocolate en jícara y a bizcocho recién horneado, algo, en fin, que tenga sabor nacional. Su obra le dará fama por allá en el extranjero, — aquí nó— ya puede suponerlo. Y yo aprovecharé la oportunidad para ir en ancas de su Pegaso, a darmel una escapadita y demostrar fuera de aquí algo del “tiquismo” agudo de que vivo poseído.

Yo creo que todos estamos obligados a poner un granito de arena para construir el edificio de la literatura nacional, del cual apenas asoman los cimientos. Los éxitos de Aquileo con sus *Concherías*, de doña María de Tinoco con la novela *Zulay* y de Ricardo Fernández Guardia con los *Cuentos Ticos* deberían ser estímulo suficiente para sacudir de su apatía a nuestra juventud y empujar una joven falange de mineros a los ricos filones del *Folk-*

lore costarricense, de la vida de la conquista y de los primeros años de la República, de los cuales puede obtenerse excelente material.

Termine, pues, su libro, y ya veremos la manera de editar lo, que será el gran problema para Ud., que no es rico. Estoy seguro que habrá muchas gentes dispuestas a contribuir para la edición, porque aunque parece que vivimos permanentemente aplastados por la "Losa de los sueños", hay una pequeña minoría que sueña aún bajo el peso de la losa misma, y que por darse el placer de saborear producciones de arte nacional puro, son capaces de desprenderse de una pequeña suma. Ya le enviaré una lista de los que están dispuestos a contribuir.

Y con mis mejores agradecimientos por sus finos conceptos, quedo su servidor y amigo,

Modesto Martínez.

Ao lector

Al lector

Vistas las cartas anteriores, el lector discreto no reputará como demasiá de mi parte el que escriba estas líneas. Fue un deseo del poeta, y ese deseo es para mí tanto más sagrado cuanto que hace pocos días tuvimos la desdicha de perder a Lisímaco Chavarría, fallecido el 27 del mes último en su ciudad natal, San Ramón.

Había pensado en tiempos mejores, aprovechar las páginas liminares de este tomo para hacer algo de propaganda en favor de la literatura nacional; pero hoy, abrumado de pena por la muerte del autor, me siento incapaz de ese empeño,

que dejo para otra oportunidad, y doy paso a los lectores hacia las páginas de este libro, en las cuales encontrará composiciones sencillas y delicadas hechas de reflejos de las bellezas naturales, de la vida de los labriegos, del sol, del aire y del agua de esta región tropical. Este es un libro íntimo. Un libro que sólo comprenderemos los miembros de la familia costarricense, los que viviendo en este ambiente tenemos el sentido especial que se necesita para apreciar sus raros encantos. La crítica, tal vez lo encontrará defectuoso, sin reparar en que no pudo darle el poeta el último pulimento. Para los culteranos y para los gustos exóticos faltarán las palabras extrañas, los tropos de sutiles contexturas; pero para la gran mayoría de los hijos del país, este tomito será manjar delicioso y si no se verá tal vez en los ricos anaqueles, y sobre los lujosos escritorios, sí formará parte de la biblioteca de las gentes sencillas que sabrán apreciar el perfume de cada una de estas rimas de un ingenio en quien el amor a la patria fue la más alta virtud.

Chavarría quiso que este libro, por su sabor y matices regionales, se llamara *Manojo de Guarias*. Las guarias son las más populares de las orquídeas costarricenses. Su nombre científico es *Cattleya Skineri*. Florece en ramos, en el ápice de pedúnculos estriados y cada flor es una maravilla de diseño y un alarde de alegría por el color carmín mürice de sus pétalos sutiles. Se contenta la guaria con muy poca cosa para vivir y basta que tengan sus raíces un asidero, aun cuando no sea más que un fragmento de madera seca o una piedra, para que crezca la planta y para que dispare —cuando llega febrero con los soles ardientes— la salva de sus flores rojas en el éter azul de los estíos.

Como una planta de guarias fue el poeta: humilde y pobre, sin más asidero en la vida que un sueldo ganado con afanes prolijos, florecía, sin embargo, su numen bajo los soles de la inspiración en hermosísimas composiciones poéticas y nos

hacía detenernos sorprendidos en nuestro pesado viaje de peregrinos de la vida, a escuchar sus trovas, como se detiene el cazador en la selva o el caminante junto a los pretilles a contemplar un ramo de guarias opulentas.

Si la vida de Lisímaco sirve de estímulo a la juventud que debe meditar cómo el hombre puede surgir a las mayores alturas, sin más apoyo que su propio esfuerzo y a pesar de la envidia y de la ignorancia; si la literatura nacional se enriquece con nuevas producciones; si el noble ejercicio de las artes bellas encuentra nuevos apóstoles abnegados, este *Manojo de Cuarias* vivirá perpetuamente fresco sobre los mármoles de la tumba del más humilde de los hombres, y del más alto de los poetas costarricenses.

Modesto Martínez.

San José, Costa Rica, Setiembre 10 de 1913.

Manojo de Guarias

*Moradas cual la túnica de Cristo,
columpiando sus pétalos de seda,
en mis bosques nativos las he visto
donde el sinsonte al manantial remeda.*

*Caprichos de amatista suspendidos
en los troncos de ceibas centenarias,
fulgores de la aurora detenidos
sobre el remanso azul, así las guarias.*

*La más preciada flor costarriqueña
que florece en tejados y pretilles,*

*parece un alma que en la tarde sueña
con el paje floral de los abriles.*

*De noche, cuando salen las estrellas,
como pálidas niñas del espacio,
riegan collares de ópalos sobre ellas
y entonces son joyeles de topacio.*

*Un manojo de guarias, tal los versos
que vengo a deshojar a tu ventana;
son candorosas cual tus labios tersos,
como tu sien de rosa y porcelana.*

*Te ofrezco el ramillete delicado
de las frescas parásitas nativas:
lo recogí no ha mucho de mi prado
de helechos y jaral y siemprevivas.*

*Aun viene con las gotas del rocío
que sobre él salpicaron las auroras;
tiene fragancia del terruño mío,
de reinas de la noche y de pastoras.*

*Lo vieron florecer los campesinos
en las mañanas tibias de labranza,
cuando los bueyes van por los caminos
oyéndole al jilguero su romanza.*

*Lo vieron reventar los manantiales
en las noches de luna, en las montañas,
como rizos de sedas orientales
junto a la paz rural de las cabañas.*

*¿Para quién han de ser? ¡Oh dulce niña!
Para tí compañera de mis rutas
son las flores que bordan mi campiña*

rica de mies y de doradas frutas.

*¿Para quién han de ser? Entre tus manos
serán así como imperial ofrenda,
cual jirón que te dejen los veranos
cuando la tarde en el azul descienda.*

*Recibe este manojo hecho de guarias
que fueron el collar de las encinas;
ellas te llevan las cadencias varias
que saben las dulzainas campesinas.*

En el Barrio

*Hay una imagen de Santa Rita
en cuyo rostro muestra candores,
las mozas llevan hasta su ermita
de las montañas las frescas flores.*

*Las tristes viudas que llevan luto
y las muchachas, ya casaderas,
van a dejarle como tributo
ramos de salvia de las praderas.*

*Dicen las gentes que es milagrosa,
que ella consuela los afligidos,
cuando una joven va a ser esposa
deja en su trono cirios prendidos.*

*La moza alegre, la viejecita
y los abuelos, ya centenarios,*

*van a buscarla dentro su ermita
para rezarle sendos rosarios.*

Bodas campestres

*Cantan los gallos, es la del alba,
“cogé las bestias —dice el abuelo—
hay ya clarores sobre el Turrialba
y las palomas bajan al suelo.”*

*“Muchachas, vamos, arriba todas,
ya se oyen gritos sobre la cuesta”;
así se anuncian aquellas bodas
y los cohetes cuentan la fiesta.*

*La novia es joven, el novio sano,
del barrio al pueblo distan dos leguas;
diez montañeses bajan al llano
y van alzando polvo sus yeguas.*

*Va el novio alegre, feliz la moza
y la noticia va a los confines...
otros aguardan allá en la choza
con dos guitarras y dos violines.*

De tierra fértil

*Zas. . . zas. . . Resuena el tajo entre el cafeto
bajo el sol que los páramos rescalda*

*y dobla pudreorejas de esmeralda
que simulan encajes en el seto.*

*El fresco manantial discurre inquieto
de la colina en la vistosa falda,
y finge el cafetal una guirnalda,
—joyel de Ceres de rubís repleto—*

*Zas. . . zas. . . zas. . . zas. Trabajan los paleros
y sudan bajo el sol, en sus labores,
mientras cantan yigüirros y jilgueros.*

*Suspenden su labor los labradores
y toman al hogar por los senderos
que perfumaron las silvestres flores.*

Promesas de la tierra

*Hay un olor de vida
en el huerto, en el aire y en las cosas;
es un olor a tierra humedecida
que va anunciando la precoz venida
de la mies y del fruto y de las rosas.*

*Hay nuncios y promesas en el rayo
que el Sol derrama encima de las eras;
durmió la tierra como en un desmayo,
pero las lluvias del florido mayo
fecundarán las mustias sementeras.*

*Hay regocijos hondos en los prados
y enrojecen sus flores las piñuelas;*

*van peinando la tierra los arados ;
hila el yigüirro versos delicados
y el labriegos labora sus parcelas.*

*El campo reverdece y fatigosas
tornan las yuntas de mover la tierra
tan pródiga en ofrendas hechas rosas
y espigas. . . Vida nueva hay en las cosas
y en las verduras que el cercado encierra*

El Cristo de Esquipulas

*El gallo —ese clarín de la primera
luz— alza el canto anunciador del día
y la gente devota en romería,
invade la polvosa carretera.*

*La viuda, la casada y la soltera
conducen sus promesas y en la vía
refieren los milagros a porfía
que el Cristo de Esquipulas les hiciera.*

*Aquella porta un corazón de plata,
promesa que nació de unos amores
que echó por tierra la traición de un suegro.*

*Y la otra se curó una catarata,
lleva un ojo, hecho de oro, y unas flores
en pago del milagro al Cristo Negro.*

Virgiliana

*Dijo el vaquerillo
a su moza franca:
—yo te haré una choza
junto a la montaña
muy cerca del río,
donde dice el agua
al pasar caricias
y dulces baladas,
cual las notas dulces
que da mi dulzaina—,
y la moza fresca
rió y lo miraba
y en sus ojos negros
dejó la mañana
todo aquel paisaje
de frondas y garzas
y un rumor de besos
oyerón las guardias;

ella ruborosa
bajó a la quebrada,
y el siguió el sendero
en pos de sus vacas.....*

La Roca de Carballo

Semejase a una esfinge de pedernal eterno
erguida ante el abismo del piélago sonoro;
sobre ella el Sol despunta doscientos dardos de oro
y ante ella el mar levanta su canto sempiterno.

El fuego del verano, las lluvias del invierno,
los foscos huracanes que van rugiendo en coro
y todas las estrellas que vierten su tesoro,
descienden por su espalda de cíclope de averno.

En ella se posaron Saturno y los Vestigios
a contemplar la marcha de todas las edades
que fueron en los potros piafantes de los siglos.

El piélago le dice de aquella raza trunca,
señora que fue dueña de aquellas soledades,
en una edad remota que ya no vuelve nunca.

En Puntarenas

*Aroma suave da la reseda
y el mar sus tumbos rima en la playa
donde la espuma vibrando queda
como heliotropo que se desmaya.*

*Un marinero fuma cachimba
viendo dos barcos en lontananza;
allá las notas de una marimba
se unen rimando costeña danza.*

*Una morena de ojos quemantes,
de curvaturas hechas pecado,
ha vuelto locos dos navegantes
que van tras ella para el mercado.*

Se ven dos bongos en el Estero

*dando tirones a las amarras,
y junta notas el marimbero
acompañado de dos guitarras.*

El zopilote

*Señor de los poblados, cuando subes
describiendo espirales con el vuelo
semejas una cruz bajo del cielo
santiguando la frente de las nubes.*

*En tus éxodos nada te detiene,
de carroñas preparas tus festines
y vas, de la ciudad, a los confines
como un celoso policial de higiene.*

*Del tejado te posas en la cumbre
y abres al Sol tus abanicos negros
en las mañanas de dorada lumbre.*

*Enamoras a la hembra con ternura,
el cadáver del can te infunde alegros
y visitas los astros en la altura.*

La Vaca

*Compañera inseparable
de los mansos bueyes viejos,*

*vayan para tí mis loas
y las rosas de mis versos. . .
Al mugir en las dehesas
en llamamiento al becerro,
de las madres cariñosas
nos haces un fiel recuerdo.
Cuando despunta la aurora
y pone sobre los cerros,
y en la quiebra de los montes,
como una reina, su cetro;
cuando cantan los yigüirros
en la copa de los cedros,
como bardos de alto numen
que pulsaran dulces plectros;
cuando las fuentes discurren
fingiendo alegres gorjeos
entre guijas y entre flores
en sonoro cabrilleo,*

*tú pasas dócil y mansa
obedeciendo al vaquero:
un lozano campesino
un mozalbete travieso
que roba limas y guabas
para llevarle al maestro.
Tú sabes de las frescuras
de los más frondosos ceibos;
tú sabes de los cantares
de los monjos mañaneros;
tú sabes lo que refieren
los pajarillos enfermos
que dejan viudos las ráfagas
del temporal del invierno,
sabes también del idilio
de aquel montañés apuesto
que en una tarde de junio,*

*en el trillo del potrero,
a aquella moza del barrio
le protestó amor eterno,
mientras la tarde su bronce
diluía allá en los cielos
simulando en los cantiles
devoradores incendios.*

*Vaca, mansa compañera
de los nobles bueyes viejos
que saben de los afanes
de los fuertes jornaleros,
en tus pupilas retratas
el paisaje verde y fresco,
el vuelo de las palomas
y los verdes limoneros,
el cristal de los torrentes
que riman extraños versos
y cantan como tenores
y vibran como panderos;
las humedeces con lágrimas
cuando lejano el ternero
te reclama, como niño,
con su sentido cencerro.
Tienes la filosofía
de ser mansa... Si los perros
van a oponerse a tu paso
ni los miras, tu desprecio
domestica sus bravuras
y al fin son tus compañeros.
Cuántos regocijos pones
cuando llegas del potrero
y brindas la ubre repleta
del delicado alimento
a las mozas campesinas. . .*

*cierras los ojos. . . sus dedos
tus cuatro mamas ordeñan,
en tanto que haciendo esfuerzos
el ternerillo se tuerce
en mil escorzos supremos . . .
y tú sueñas, si no lames
de tu hijo el lomo sedeño.*

*Las églogas de Virgilio
ensalzan ese alimento
que es más albo que la nieve
y que del lirio los pétalos,
y más sabroso que el néctar
del colmenar del Himeto.*

*Compañera inseparable
de los mansos bueyes viejos,
vayan para tí mis loas
y las rosas de mis versos.*

Nuestra bandera

*Rojo: así son los labios de las niñas,
el tinte del crespúsculo, la rosa
de Sión y el arrebol de la sabrosa
granada que sazona en mis campiñas.*

*Azul: así el color de las montañas
erguidas al espacio, así los mares
y el cielo en donde ruedan a millares
los astros como fúlgidas arañas.*

*Blanco: la nieve secular es blanca,
la inocencia, la espuma del riachuelo
y el rostro casto de la Venus manca.*

*Los tintes máspreciados de las flores,
luces, bandera, cual jirón que el cielo
colgara de la altura, hecho colores.*

Criolla

*El joven campesino, ya de tarde,
volvió, con la herramienta, hacia la choza;
hizo un manojo de silvestres flores
para ofrecer a su gallarda novia.*

*La tarde rubia coloreó de bronce
la seda delicada de las rosas
y tal como un renglón, cruzó el espacio,
una hilera lejana de palomas.*

*La alegre carretera quedó muda
como sierpe dormida entre la sombra;
en tanto que el trapiche lugareño
echó a los vientos su canción monótona.*

*Más tarde la guitarra de aquel mozo
bajo un alero detalló sus notas;
al montañés lo sorprendió la luna
con las flores cantándole a la novia.*

El maestro de escuela

*Es un leva con cara que da miedo,
nariz muy larga y con los ojos gatos;
los dedos se le ven por los zapatos,
—le dice ña Pascuala a ñor Alfredo.—*

*Yo no lo bajo unque me rece el credo;
—ni yo tampoco, pos parece, en ratos,
lo mesmo queni aquellos mojigatos
que echamos con escritos. . . ¡yo no puedo!*

*En el trapiche le contó a ñor Mora
qué'l sabe muncho de la Magia Negra,
qué'l a un cristiano lo convierte en lora.*

*Sopló un diacuatro que prestó ña Rita,
dijo una cosa en que mentó a la suegra,
y entre sus manos se volvió nadita.*

Las guacamayas

*Sobre la selva virgen de altivos huiscoyoles,
que abanican las hojas de armónicas pacayas,
batiendo treinta remos van quince guacamayas
luciendo luengas colas de visos tornasoles.*

*El éxodo es de días, quizá de cuatro soles;
alegres van en busca de tropicales playas,
de marañones rojos y frutecidas hayas,*

o de la copa fresca de enhiestos guapinoles.

*Al quebrarse los besos del Sol sobre sus plumas
semejan gallardetes de bermellón y gualdas
y atruenan el espacio con estridente grito.*

*Amadas de Atahualpa y de ambos Montezumas;
al dilatar el vuelo parecen esmeraldas
rayando el lapislázuli del éter infinito.*

Aromas de montaña

*Hay un aliento puro que viene de las eras
contándome la vida de campos de labranzas,
en donde cada hitavo enseña treinta lanzas,
en donde cada nube se rasga en des banderas.*

*El hálito me dice de brisas mañaneras
que fueron como liras tejiendo sus romanzas;
ese hálito me dice mis viejas añoranzas
cargadas de perfume de flor de las praderas.*

*Columpian en el aire su copa los manzanos;
avanzan de retomo, dos fuertes labradores,
traén olor de yerbas prendido de las manos.*

*Un joven limonero cubierto de blancos,
se apronta para darles fragancia a los veranos,
frescura a los labriegos y al céfiro sus flores.*

El canto del cuyeo

*Avecilla pardo-obscura
que te posas en las veras
del camino solitario
que del monte va a la aldea;
avecilla misteriosa,
con las mustias hojas secas
se confunde tu plumaje
en las tardes veraniegas.*

*Nunca olvidas el verano,
ni la luz de las estrellas,
ni el rumor de los cañales,
ni el tomillo de las huertas,
ni los líricos jardines
ni las curvas carreteras;
tu canción es un enigma
que interroga las tinieblas,
el murmulio de las fuentes
y la luz de las estrellas;*

*tu canción es una frase
que nos habla de tristezas,
del villorrio, del cortijo,
de los setos, de las huertas,
de las noches enlutadas,
de las tardes que se alejan;
tu canción yo la comprendo
cuando cantas en las veras
floreidas del camino
que conduce a las viviendas
donde viven los labriegos
esperando las cosechas.*

*En las tardes de verano
te deslizas en la selva
como negra mariposa,
o como una flor de seda,
y en las frondas resequidas
te confundes con las secas
hojarascas que los vientos
en macabra burla llevan,
y en las noches de febrero
yo he escuchado tu nocturno
que comprende cinco letras.*

*Es tu pobre abecedario
como rústica leyenda
que articulas en las hojas
sin verdor, amarillentas,
en que posas tu plumaje
en las tardes veraniegas,
como obscura mariposa
o como una flor de seda.*

*Di tu verso en los caminos
cuando tome... cuando vuelva
al jardín de la tierra,
y al torrente de la cuesta
que escuchó la serenata
de tu flauta plañidera.*

En el trapiche